

Alexander
MacLeod

VIDA ANIMAL

Traducido del inglés
por Xavier Calvo

Título original: *Animal Person*

Extracto de Island: *The Collected Stories of Alistair MacLeod*, de Alistair MacLeod, Copyright © 2000 Alistair MacLeod. Reproducido con permiso de Emblem/McClelland & Stewart, una división de Penguin Random House Canada Limited. Todos los derechos reservados.

Extracto de «In the Waiting Room» de *Poems*, de Elizabeth Bishop. Copyright © 2011 by The Alice H. Methfessel Trust. Nota del editor y compilación copyright © 2011 by Farrar, Straus and Giroux. Reproducido con permiso de Farrar, Straus and Giroux.

Extractos de «The Entertainer», de Scott Joplin, parte del Proyecto Mutopia: <http://www.MutopiaProject.org/>, compuesto e introducido en el dominio público por Chris Sawyer.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Little House Creative Arts Inc 2022, publicado por primera vez como parte de una colección en Gran Bretaña en 2022 por Jonathan Cape, un sello de Vintage 2022.

«Lagomorph», publicado por primera vez en Granta en 2017.

«Closing Date», publicado por primera vez en la antología de Faber & Faber *Sex and Death* en 2016 y en la traducción española de la misma antología publicada por Gatopardo Ediciones en 2017.

«Cousins», publicado por primera vez en una antología escolar de McGraw-Hill Ryerson en 2012.

Copyright © 2022 by Alexander MacLeod

© de la traducción: Javier Calvo Perales, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-952-0

Depósito legal: M. 15.380-2022

Printed in Spain

Para mis padres, Anita y Alistair

Me detengo y aparto la cara del viento para mirar en la dirección de la que vengo. Veo a mis padres, pegados entre sí por la galería. Tampoco ellos se mueven, solo intentan no dejarse arrastrar. Se han puesto de costado al viento y están mirándose entre ellos y apoyándose el uno en el otro con los hombros, tocándose, como los travesaños de un tejado a dos aguas.

ALISTAIR MACLEOD, *En otoño*

Pero sentí: eres una yo,
eres una Elizabeth,
eres una de ellas.
¿Por qué has de serlo también?
Apenas me atreví a echar
un vistazo a lo que yo era.

ELIZABETH BISHOP, «En la sala de espera»

Lagomorfo

Hay noches en que el conejo y yo estamos en el suelo, jugando a tira y afloja con su zanahoria de juguete, y de golpe se queda paralizado en una posición y lo detiene todo como si acabara de llegarle un descubrimiento enorme. Se me queda mirando y algo cambia, sus vistazos rápidos se convierten en una mirada larga y severa. Cuando hace eso, no puedo escaparme y necesito devolverle la mirada. Tiene unos ojos albinos que van desde un anillo exterior de color rosa sangui-nolento diluido, pasando por una capa intermedia gris sucio, hasta precipitarse a un centro rojo oscurísimo. No sé, pero a veces, cuando me observa de esa manera y estoy contemplando todos esos círculos dentro de círculos dentro de otros círculos, me pierdo y me da la sensación de estar cayendo por un sistema solar alienígena de órbitas perdidas que rotan alrededor de un sol llameante en pleno colapso.

Nuestro conejo —que supongo que ahora es mío— y yo estamos metidos en algo que no termino de entender. Aun cuando me imagino que lo estoy interpretando de forma correcta, sé que al mismo tiempo él

me está interpretando a mí y haciéndolo mejor, leyendo todas las pistas inconscientes que le mando y hasta las señales más débiles que no me doy cuenta de que le estoy transmitiendo. Es un intercambio complicado. Quizás últimamente hayamos estado pasando demasiado tiempo juntos. Quizás yo haya estado dedicando demasiado tiempo a pensar en conejos.

Como especie, os lo digo, son criaturas volubles y testarudas, obsesivas y hurañas, prontas a la furia, del todo impredecibles y misteriosas. Y enervantemente silenciosas. Pero también son una compañía interesante. Solo necesitas tener paciencia y prestarles suficiente atención y tratar de encontrar el significado de lo que muy bien podrían ser sus momentos más insignificantes. A veces es obvio. Si un conejo te quiere o si piensa que eres la escoria de la tierra, te enteras de inmediato, pero hay muchas cosas entre esos dos extremos —todo lo demás está ahí en medio—, y cuando tratas con un conejo nunca estás seguro de a qué atenerte. Puede que estés mirando a un animal lleno de angustia, a un ser como tú que sufre dolor, o de la misma manera es posible que estés compartiendo la vida con otra criatura aburrida del universo, con un conejo completamente tranquilo que simplemente preferiría que te fueras de la habitación.

La mayor parte del tiempo, nada de esto importa. Cada uno hace su vida por su cuenta y normalmente solo conversamos durante las pequeñas sesiones de aseo mutuo durante las cuales yo le rasco bien entre las orejas, justo en el punto al que él no llega solo, y a

cambio él me lame los dedos, el dorso de la mano o la sal de la cara.

Pero hoy es distinto. Hoy nos hemos adentrado en territorio nuevo y más peligroso y durante los cinco minutos siguientes, más o menos, necesitamos una conexión mejor y más fiable. Para que eso pase, él va a tener que hacer algo que no ha hecho nunca: ir en contra de su naturaleza y emitir por lo menos un sonido claro con un propósito claro detrás. Necesito que este conejo encuentre palabras, o bien algo que ocupe el lugar de las palabras. Necesito que hable, ahora mismo, y me diga exactamente qué demonios está pasando.

Antes de empezar, es importante dejar claro que nunca me he considerado un amante de los animales. Y como no vengo de una familia con mascotas, nunca pensé que la familia que estábamos criando necesitara que le añadiéramos más vida. Sobre todo vida de la que corretea y hace tap-tap-tap con las pezuñas en los suelos de madera.

Lo que tenéis que entender —y supongo que terminó siendo el factor decisivo— es que mi mujer, Sarah, les tiene una alergia espectacular a los gatos. O bueno, se la tenía. Uso el pasado para indicar que solía ser mi mujer; más adelante fue mi pareja. Igual que todo el mundo, cambiamos con los tiempos, y cuando llegó la nueva palabra —más o menos una década después de que nos casáramos por la Iglesia y todo—,

nos alegramos de tenerla. Nos daba la sensación de que la expresión «pareja de personas» describía nuestra situación mejor, con mayor precisión, y para ser sinceros, nunca habíamos entendido cómo podía alguien dedicarse a ser esposa o marido todo el tiempo.

Pero no estoy seguro de qué terminología se podría usar para describir nuestra situación actual. «Separación amistosa», quizás, o «en periodo de reflexión», pero no divorcio, todavía no hemos llegado ahí. Todavía no se ha acudido al sistema judicial. Sarah y yo no somos una expareja. Todavía hablamos por teléfono casi a diario y tratamos de contarnos las noticias de todo el mundo, pero ya ha pasado más de un año y no he estado ni una vez en su piso nuevo de Toronto, ese apartamento que tiene en una planta treinta y cuatro.

Me la imagino allí, sin embargo, cumpliendo con sus rutinas habituales de los sábados por la mañana. Que seguramente deben de ser las mismas. Me la imagino yendo de una habitación a otra con una revista o el teléfono en una mano y la taza de té en la otra. Se asoma a un ventanal y quizás contempla el tráfico. No lo sé. La verdad es que podría estar haciendo cualquier cosa con cualquiera. Tiene a su disposición todas las posibilidades, igual que yo, y solo hay unas pocas cosas que ya no se pueden negociar. Como la alergia. A menos que haya tenido lugar un procedimiento quirúrgico del que no estoy al corriente, da igual dónde esté Sarah y a qué se dedique: sigue teniendo, casi seguro, alergia a los gatos. Y es una alergia importante en términos médicos, lo bastante grave como para necesitar

una inyección de epinefrina, de forma que ni siquiera nos planteamos la opción de tener gatos. Y la idea misma de adoptar un perro, con las exigencias que eso planteaba de sacarlo todos los días —los paseos y tirarle la pelota y el pelo y la baba y las bolsitas de caca en el parque—, siempre se me hizo demasiado cuesta arriba, y además me parecía algo demasiado público.

Si nos hubiéramos quedado como al principio, si hubiéramos estado los dos solos de principio a fin, creo que podríamos haber seguido juntos para siempre y nunca habría pasado nada. El problema fueron nuestros hijos, que eran tres, todos apiñados entre las edades de siete y trece. Por entonces todavía eran niños. Estaban a punto de empezar a convertirse en lo que son ahora.

Cuando miro atrás, veo que aquel fue el apogeo de nuestra intensidad juntos, un periodo más frenético incluso que las noches sin dormir con los recién nacidos o que el proceso de enseñarles a usar el retrete, y ni siquiera sé cómo sobrevivimos durante años solo a base de tolerancia mutua huraña. Seguramente debió de ser un automatismo, el resultado natural de unas grandes fuerzas que operaban a través de nosotros. Éramos como un complicado ecosistema de selvas amazónicas lleno de enredaderas serpenteantes, vida exuberante y emergente y podredumbre húmeda que exudaba vapor. El equilibrio era intrincado y preciso y estábamos involucrados el uno en la vida del otro por completo, más plenamente integrados de lo que volveríamos a estar nunca.

Los niños nos habían estado presionando y presionando y por fin cedimos. Todos sus amigos tenían animales, todos sus vecinos y primos. Tenían perros salchicha de diseño, cachorros de husky con los ojos de distinto color y gatos de pura raza sin pelo. Daba la sensación de que no había forma de impedir la llegada de aquella criatura.

Empezamos con la habitual instalación de un acuario a modo de compromiso entre las partes, de manera que durante un mes aproximadamente tuvimos una pecera barata burbujeando en la sala de estar y nos dedicamos a ahogar en ella a una docena de peces. Después se habló brevemente de otras posibilidades, pero al final el conejo pareció nuestra mejor opción, un portal de entrada al reino de los mamíferos. Mejor que un pájaro o que un lagarto, acordamos; más personalidad, más interacción.

—Quizás un conejo se parezca más a un gato —recuerdo que dije.

Lo conseguimos a través de un anuncio en Kijiji: «Conejo disponible para buena familia», y el hombre de Acadia que había sido su primer dueño nos lo terminó regalando.

Fui a su casa y visité su sótano enmoquetado. Me dio toda la información sobre la comida y la caca y el pelo que soltaba.

—¿Hay algo especial que debemos hacer? —le pregunté—. No tenemos experiencia.

—No os lo comáis —dijo el hombre—. Los conejos están justo ahí, ya sabes, justo en esa frontera. —Imi-

tó un golpe de karate con la mano cortando el aire—. O bien quieres ser su amigo o bien los quieres matar y comértelos para cenar. Hoy mismo han venido otras dos personas. Y si hubieras resultado ser como esos cabrones, ya habría quitado el anuncio. Se lo he visto en los ojos, a los dos. Se les notaba. Querían llevárselo a casa y ponerlo en un estofado, en un fricot, como los que hacía mi *grand-mère*, ya sabes. Da grima, te lo aseguro, cuando alguien te miente a la cara de esa manera.

Le pregunté qué veía cuando me miraba a los ojos a mí. Se rio y se dio un golpecito con el dedo en la sien.

—Ni idea —dijo—. Solo puedo hacer conjeturas, ¿verdad? No hay forma de estar seguro de qué le pasa a la gente por la cabeza. Pero bueno, cuando pienso en ti ahora mismo... Lo que pienso es que no eres el tipo que va a matar a nuestro Gunther.

—¿Gunther? —le dije.

Se agachó, dijo el nombre rápidamente tres veces y chasqueó la lengua.

El conejo salió volando de debajo del sofá, se acercó al hombre y se estiró para que le rascara entre las orejas.

—¿Reconoce su nombre?

—Pues claro. Todo el mundo reconoce su nombre, ¿no?

—¿Y tenemos que quedarnos con ese?

—Haz lo que quieras, amigo. En cuanto te marches de aquí, será tu conejo. Pero si quieres que se dé cuenta de que le estás hablando a él, creo que te conviene llamarlo igual que lo hemos llamado siempre.